

Chris Bachelder

A propósito de Abbott

Traducción de Ismael Attrache



Abbott es un profesor universitario de vacaciones, padre exhausto de una niña de dos años, marido de una embarazada insomne y amo de un perro miedoso. Abbott se afana en las tareas domésticas y en el cuidado de su hija, aunque las cosas no siempre salen como él quisiera: un día se olvida de ponerle crema solar a la niña o la viste de invierno en pleno verano; otro se le estropea la nevera o se encuentra una serpiente en medio de su jardín. Abbott parece haber sido abducido por la paternidad, aunque no puede dejar de ponerse en entredicho ni de percibir las implacables paradojas de su vida. Y así, mientras limpia el vómito de la sillita de su hija se dice: «Las dos proposiciones siguientes son ciertas: (a) Si tuviera la ocasión, Abbott no cambiaría ni uno de los elementos fundamentales de su vida, pero (b) Abbott no soporta su vida».

Compuesta por pequeñas escenas cotidianas, terroríficas unas, maravillosas otras, *A propósito de Abbott* es una desternillante historia sobre las pequeñas desventuras, agobios y alegrías de las que está hecha la paternidad.

*Para las maravillas:
Jennifer, Alice, Claire*

O the evening robin, at the end of a New
England summer day! If I could ever find the
twig he sits upon! ^[1]

THOREAU, *Walden*

La bombilla de la lámpara del escritorio se fundió hace once días, pero Abbott sigue girando el interruptor cada vez que se sienta. Es una costumbre, no una esperanza, piensa Abbott, aunque se detiene a reflexionar sobre la diferencia entre ambas cosas. Se sienta en la oscuridad y espera a que se produzca la conexión. Al otro lado del pasillo, debajo de la puerta de su dormitorio, no hay luz, lo que implica que su mujer duerme, o no. Está embarazada de seis meses y tiene insomnio. ¿La despertaría si Nueva York quedara reducida a un montón de ceniza y escombros? ¿A Charlotte? En todo caso, esta noche el imperio está más o menos intacto. Abbott pincha en un titular: «Una pareja deja atado a un niño en un coche, al sol, para ir a cenar», pero descubre que el artículo no responde a las preguntas que plantea dicho titular. Por ejemplo, ¿por qué hace la gente lo que hace?, y ¿qué ha sucedido? Teniendo en cuenta cuál es el restaurante en cuyo aparcamiento supuestamente dejaron atado al niño, de nueve años, el verbo «cenar» no solo le parece a Abbott impreciso sino periodísticamente perverso. Ve en otro sitio que una antigua celebridad ha preferido morir-se antes que llegar a la madurez. Otra persona ha muerto por culpa de una broma gastada con un saco de dormir. Tras una trampilla ha aparecido un calabozo. En letras más pequeñas: el funcionamiento y el mal funcionamiento de ciertos equipos militares ha segado la vida de muchas, muchas personas, y todas ellas, supone Abbott, habrían preferido seguir viviendo, a pesar de todo. Recuerda que tiene que cortar el césped del jardín. Debería acostarse. Sabe que dormir es necesario para tener buen humor, energía,

memoria reciente y remota; piel, cerebro, corazón, espalda y pies sanos. Hay gente que llega a morirse por falta de sueño. Pero esta noche, en una página web con poco tráfico y cargada de superioridad moral, encuentra un ensayo fotográfico sobre un orfanato de Chernóbil, dos décadas después de la Catástrofe. Hay una advertencia sobre el carácter perturbador de las imágenes. A partir de ese momento le resulta complicado cerrar la página, no quiere ser de esos que no quieren ver cosas perturbadoras. Pero antes, la ronda de seguridad en seis pasos de Abbott: (1) *hora* (00.42); (2) *vigilabebés* (en silencio); (3) *luz por debajo de la puerta del dormitorio* (no hay luz); (4) *potencia del acceso telefónico a internet* (49,6 Kbps); (5) *abultado montón de exámenes finales* (corregidos a medias); (6) *nivel de fluido en su copa* (bajo). Abbott atraviesa la casa oscura, se dirige a la cocina para rellenarse la copa y vuelve al despacho en penumbra. No es que no haya cajas de bombillas en el armario del vestíbulo. Se acomoda en la silla, gira el interruptor de la lámpara. Sabe que esto le va a doler: verá fotografías que tardan mucho en descargarse, en las que aparecen niños deformados y radiactivos, mientras su hija, de desarrollo normal, duerme al otro lado del vestíbulo con un pijama azul y verde. La niña tiene una piel perfecta. Abbott minimiza la ventana donde va apareciendo la puntuación de un partido de béisbol de la Costa Oeste y entonces, ya perturbado, elige una imagen perturbadora.

JUNIO

1. Abbott va a la tienda de animales

Nunca habría que fiarse de una tienda de animales en la que también sirven refrescos, pero hace una mañana soleada en el valle de Pioneer, al oeste de Massachusetts, y Abbott está dispuesto a salir a encontrarse con el mundo. Además, tiene que ocupar otra hora para que su mujer pueda dormir con la casa en silencio. Durante el trayecto en coche desde la cafetería, busca las gafas de sol en un compartimento de la puerta del copiloto y se las pone por primera vez ese año. Le molestan en la nariz y en las orejas. Tienen casi diez años. Quizá ese verano sea capaz, por fin, de romperlas o perderlas. «¿Estás lista?», le pregunta a su hija de dos años mientras la saca de su sillita de seguridad. En el aparcamiento, la niña señala al cielo y exclama: «¡La luna!». Abbott levanta la vista con escepticismo, pero la pequeña tiene razón. Los adultos pasan a su lado llevando bolsitas de peces o grillos. Sonríen al hombre de las gafas de sol del milenio pasado y a la niña de cabello rizado. Ya en el interior de la tienda de animales y refrescos, Abbott lamenta de inmediato haber realizado esa expedición. Para empezar, el olor. Y esos gorjeos y esos susurros tan tristes. Su hija comienza a retorcerse y, cuando la deja en el suelo, se abalanza sobre un alto expositor giratorio con unos pájaros de plástico que sirven, según descubre un consternado Abbott, para que los pájaros domésticos de verdad no se sientan solos. Les han puesto el nombre de Amigos. La niña saca uno de esos objetos de los estantes inferiores y sale disparada en dirección a las cobayas, que están dormidas o muertas, recorre en zigzag el trágico pasillo y va pasando por hámsteres escondidos, los conejos que mordisquean

cosas y lagartos que disfrutan de la luz que emiten unas bombillas amarillas. Casi todos los animales, los de sangre caliente y los de fría, esconden las caras en las esquinas más alejadas de las jaulas o los terrarios. Abbott advierte que, a partir de un punto al fondo del pasillo, los recintos empiezan a contener animales que son comida al por menor para otros animales: moscas, gusanos, larvas, cucarachas, hormigas y grillos. «Ahí —dice la niña—. Eso». La chiquilla le enseña su Amigo a un escorpión aburrido. El final del pasillo, donde se alza una silueta de cartón, a tamaño natural, de un personaje al que Abbott no reconoce, resulta que no es el final del pasillo. El corredor continúa extendiéndose en la penumbra, debajo de un tubo fluorescente fundido. La hija de Abbott pasa corriendo al lado de la silueta a tamaño natural, pierde un zapato pero no le importa. Abbott recoge el zapato y la sigue. Le da la sensación de que el interior del edificio es más grande que el exterior. Al fondo del pasillo, delante de unas cajas apiladas de cerveza de raíz y de gaseosa con sabor a vainilla, ve un acuario lleno de artículos de fiesta de vivos colores. Su hija también lo ve y se acerca, arrastrando un calcetín. Al aproximarse al acuario tenuemente iluminado, Abbott advierte que está lleno de caracoles de plástico de colores chillones. Al acercarse aún más, siguiendo a su hija, descubre que en la urna hay cangrejos ermitaños —de verdad— con el caparazón pintado, una imagen ante la cual experimenta una compleja reacción. No puede evitar preguntarse, en primer lugar, quién pintará esos cangrejos. No resulta difícil imaginar las improvisadas cadenas de montaje, la ventilación insuficiente, los dedos estropeados por los movimientos repetitivos y los cortes producidos por las pinzas. Piensa que la pintura de cangrejos no satisface lo que él considera una necesidad fundamental de los humanos, la de crear belleza. Inmovilizado en el suelo pegajoso, también le despiertan cierta curiosidad las correspondientes historias evolutivas de las dos especies aquí asociadas. Se han encontrado fósiles

les de cangrejos ermitaños pertenecientes al Cretácico Inferior, descubrirá más tarde por internet, lo que implica que esas criaturas surgieron en algún momento del que nos separan entre sesenta y cinco y cien millones de años. Pero los *Homo sapiens* (*sapiens* quiere decir inteligente o sabio) aparecieron hace unos doscientos mil años, momento en que casi enseguida, relativamente hablando, empezaron a decorar otras especies. Abbott contempla un cangrejo morado con una franja amarilla que se acerca a otro rosa con una greca azul en zigzag y, aunque no sabe muy bien si los cangrejos ermitaños tienen sistema nervioso central, espera que, en caso afirmativo, dicho sistema carezca de la complejidad suficiente para generar sentimientos de vergüenza o humillación. En general, está en contra de cualquier tipo de pintura en animales, pero en ese instante le parece que un cangrejo ermitaño constituye una chuchería particularmente inadecuada. Hay que reconocerlo: no se trata de una criatura demasiado alegre, y esos remolinos pintados en tonos pastel resultan, más que graciosos o monos, impropios y deprimentes. Naturalmente no falta, para el fan entregado, el cangrejo de los Red Sox, azul y con una *B* roja, solo en una esquina de la urna. Abbott se agacha para estudiarlo y, al ver que el animal está atrapando pequeños fragmentos de pintura para manualidades de color verde lima, nota un chasquido eléctrico en el pecho que sólo puede implicar que el circuito cardíaco le ha vuelto a fallar. «Bonito —dice su hija, pegando las palmas de las manos y la nariz al cristal sucio—. ¿Puedo uno?», pregunta. Todos los expertos en educación infantil, cuyos consejos su mujer le transmite de forma radicalmente abreviada, aconsejan que se utilice la palabra «No» con la menor frecuencia posible cuando uno habla con un niño pequeño. «No», dice Abbott. Coge a la niña en brazos y se pone en marcha. «Vamos —dice—. Es hora de volver a casa».

2. Abbott y la voltereta

En la alfombra manchada del cuarto de estar, Abbott levanta cuidadosamente a su hija girándola sobre la cabeza, en algo parecido a una voltereta. «Voltereta», dice el padre. «¿Papá hace?», pide la niña. «Vale», accede, al fin y al cabo, es verano y está de vacaciones. Aparta los libros y los animales para disponer de más espacio. Están entregados a divertidos juegos físicos; el cuerpo es un instrumento asombroso. «Muy bien, mírame», dice al notar que la atención de la niña ya empieza a centrarse en una ardilla de peluche listada. Se prepara, pero se detiene para plantearse si lo que tiene en la cabeza es realmente una voltereta. Lleva años, quizá décadas, sin pensar en una voltereta. Lo que está haciendo (o lo que se dispone a hacer) no parece serlo. No puede ser una voltereta. Para empezar, lo que se dispone a hacer (dar una vuelta de campana y aterrizar sobre la espalda) se le antoja algo extraordinariamente difícil y peligroso. Extrapola y se dice que habrá un momento, en mitad de la «voltereta», en que las únicas partes de su cuerpo que estarán en contacto con el suelo serán las yemas de los dedos y el cráneo. Y eso da la impresión de ser una figura gimnástica bastante avanzada. Lo que sabe de las volteretas es que son ejercicios sencillos, divertidos, espontáneos, un giro muy básico, por lo que deduce que se está equivocando en algo. Mientras se arrodilla, con la frente en la alfombra, Abbott se convence de que aquello no es una voltereta, pero contempla la posibilidad de llevarlo a cabo de todos modos, dejándose llevar por la actitud que hay que exhibir al entregarse a un divertido juego. «¡Ardilla!», exclama su hija. Su mujer entra y dice: «Huy, papá está in-

tentando dar una voltereta. Cuidado, papá». «Papá hace», asegura la niña, a quien la cuestión vuelve a interesar. Abbott recuerda lo que se sentía al subir al trampolín más alto de la piscina del condado. No podías volver a bajar la escalera tal cual. «¿Esto es una voltereta?», pregunta, con la frente en la alfombra. «¿Y a ti qué te parece?», responde su mujer. «¿Está mirando?», pregunta él. «Bueno, más o menos», dice ella. Así que Abbott lleva a cabo lo proyectado, una vuelta vertiginosa y desmañada que termina en unas leves náuseas y un gruñido. No tanto un giro como una caída accidental. La respiración le sale entrecortada y se queda mirando el techo. Piensa que lo que le duele puede ser el riñón. Su mujer y su hija aplauden y ríen. «Tienes que meter la barbilla, cariño», le dice su mujer. Un hombre no sabe cuáles son sus actos postreros: la última vez que nada en el mar, la última vez que hace el amor. Sin embargo, a los treinta y siete años, quizá en el punto medio de su vida, la única que tiene, Abbott sabe que ha intentado dar su última voltereta.

3. Abbott y el semáforo estropeado

Después de que una tormenta eléctrica atravesase con gran estruendo el valle de Pioneer, doblando los arcos y traumatizando al perro de la familia, Abbott sale de casa para comprar un cartucho de tinta para la impresora. Mientras conduce va viendo grandes ramas en los jardines y las calles. Oye unas sirenas a lo lejos. El sol ya ha salido y el asfalto mojado humea. Al acercarse a un cruce de dos carreteras de doble sentido, con mucho tráfico, observa que el semáforo está estropeado, derribado seguramente por la tormenta. No hay ningún agente de policía para dirigir el tráfico. Pulsa un botón para cerrar las puertas del coche. Se acuerda de lo escaso de su seguro de vida. Sin embargo, poco a poco percibe lo que está pasando delante de él en el cruce. Los conductores, como si previamente hubieran llegado a un acuerdo, están resolviendo lo del semáforo estropeado como si en ese cruce de dos carreteras hubiera una señal de *stop*, y están avanzando *por turnos*. Si Abbott no se equivoca, esos turnos siguen un movimiento coordinado contrario al de las agujas del reloj. De tanto en tanto se produce alguna pausa en la que ningún coche circula y en la que un conductor le hace una seña a otro, que a su vez responde con un ademán y avanza. Todos utilizan las señales pertinentes. A lo largo de su vida Abbott ya ha visto, dos o tres veces, alguno de esos igualitarios subgrupos circulatorios, surgidos tras la tormenta y todas esas veces ha estado a punto de echarse a llorar. Esa ruptura en el orden social perfectamente reparada por un grupo de conductores humanos, moralmente imaginativos y cooperadores, dotados de un firme e instintivo sentido de la justicia.

Aquello contradice lo que sostienen Thomas Hobbes, William Golding, el padre de Abbott... Cuando Abbott se detiene delante del semáforo roto, indica a un asiático de mediana edad que pase, que haga el giro a la derecha que el asiático le ha indicado que quiere efectuar. (El asiático gira a la derecha y lo saluda). Abbott mira al conductor que tiene a la izquierda. Una mujer con pinta de profesora de yoga tamborilea con los dedos en el volante para instar a Abbott a avanzar, y él la saluda con sumo entusiasmo mientras atraviesa el cruce de un lado a otro y se dirige a comprar el cartucho para la impresora. La nivelación de las calles y los desagües pluviales están cumpliendo con su cometido. El sol brilla y purifica. Todos los universitarios se han marchado. Ahí debería acabar la historia, pero no lo hace. Cuando acaba la historia, que es ahora, Abbott está pensando de nuevo en lo que le pasó al bebé en Tulsa.

4. El perro de Abbott

El perro de Abbott es un precioso, robusto y sano labrador amarillo que muy bien podría tratarse, él enterito, del ser más timorato de la Creación. Al animal siempre le han dado un miedo tremendo los truenos, los fuegos artificiales y los motores que petardean; pero la extensión y la intensidad de sus temores han aumentado a medida que ha ido envejeciendo. Con once años, ahora le dan miedo los aviones, los camiones de la basura, las furgonetas de reparto, los otros perros, los gatos, la gente, los pájaros y los bichos ruidosos, los espantapájaros, los muñecos de nieve, las cometas y las banderas, algunos árboles, la lluvia torrencial, la llovizna, la niebla, los cielos nublados, los cielos parcialmente nublados, las ráfagas de viento, las refrescantes brisas veraniegas. También da la impresión de que le da miedo algo para lo cual la definición más precisa sería la de *nada*. Entre los síntomas de su miedo se cuentan unos intensos temblores, los jadeos, la alopecia y un babeo tan excesivo que las patas delanteras se le ponen relucientes y resbaladizas. La mujer de Abbott afirma con frecuencia que el animal *siente* los cambios de presión, los fenómenos meteorológicos lejanos. «No, de eso nada», replica Abbott. Desde hace una semana, sin motivo aparente, al perro le invade el pánico por las noches. La mujer de Abbott, en el tercer trimestre de gestación, se levanta frecuentemente a orinar. Cuando vuelve a la cama, Abbott se ha fijado en que el perro tiembla e intenta meterse debajo de cosas demasiado pequeñas para que pueda meterse en ellas, mientras los jadeos diseminan el mal aliento del animal. «Será que se está acercando una tormenta», aventura su mujer todas